

LÁGRIMAS DE ARREPENTIMIENTO

Estaba mareada. Los cabellos le caían sobre los ojos y le bloqueaban la visión. Solo quería encontrar la salida, pero no recordaba cómo había llegado al lugar en el que se encontraba. Se escuchó un fuerte ruido, pero el humo negro no le permitía ver con claridad. De repente, algo la hizo caer. Sus manos se golpearon contra el suelo y sintió una gran cantidad de cristales clavarse en sus brazos. No tardó en sentir cómo su rostro chocaba contra las baldosas, tan fuerte que hizo que se le saltaran las lágrimas. No quería rendirse, así que intentó incorporarse. Después de unos cuantos intentos, lo consiguió. Su cuerpo le pedía que parara de avanzar. Estuvo a punto de hacerlo, de dejarse caer y permitir que el calor de las llamas y el humo la hicieran desaparecer. A pesar de esto, decidió hacer caso a su corazón, que guiaba sus pies hacia la salvación: hacia su familia, hacia sus amigos, hacia aquellos que la esperaban y que ni siquiera sabían dónde se encontraba.

No sabía cómo, pero consiguió bajar al primer piso y, corrió lo más rápido que pudo. Ya quedaba poco para que el centro comercial se derrumbara y, si la memoria no le fallaba, la salida se encontraba justo delante de ella. Solo tenía que hacer un pequeño esfuerzo... Corrió con todas sus fuerzas por aquel pasillo intentando no tropezar. Gran parte del techo empezó a caer a su derecha y, por lo tanto, decidió seguir corriendo junto a las tiendas de ropa del lado izquierdo... ya quedaba menos para la salida. Lo único que pudo hacer fue girar la cabeza cuando vio una luz cegadora acercarse a ella. El ruido llegó en apenas un segundo más tarde, pero lo único que pudo sentir en aquellos momentos fue un fuerte silbido que resonó en su cabeza mientras las llamas la rodeaban y su cuerpo salía disparado sin tocar el suelo. Aterrizó a unos cuantos metros de distancia. Esta vez, la sangre cayó a borbotones por las comisuras de su boca y, cuando intentó abrir los ojos, sintió que su visión se volvía borrosa a causa de las lágrimas. No saldría. Durante sus últimos segundos, no sintió nada. No sintió el fuego que le abrasaba la piel ni el dolor de los cortes que tenía en los brazos. No volvería a casa, no volvería a abrazar a sus padres, no volvería a ver a sus verdaderos amigos, ni podría llegar a

cumplir sus sueños, pero se sintió en paz. Por fin dejaba de sentir dolor, por fin todo el sufrimiento acababa. Solo pensó: ¿ por qué me has hecho esto?

Todo empezó media hora antes, cuando ninguna de las personas que en aquel momento paseaban por aquel centro comercial podría imaginar lo que les esperaba. Nuestra protagonista llevaba más tiempo del que le gustaría esperando a que la chica de cabellos rubios que era su mejor amiga apareciera por la gran entrada del recinto. No le hacía mucha ilusión, pues había quedado con un grupo de amigos que no conocía, con los que su mejor amiga la había prácticamente obligado a encontrarse. Escuchó su nombre y se giró de golpe.

No acostumbraba a juzgar a la gente por su apariencia, pero aquel grupo de jóvenes no le daba buena espina. Empezaron a hablar entre ellas de cosas que nunca le habían importado y que no sabía que a aquella persona a la que creía conocer tan bien pudieran parecerle interesantes. Dudó por un momento cuando una de aquellas chicas pidió que la acompañaran al baño, pero la mano decidida de su amiga cogiéndola por el brazo le transmitió seguridad. No se percató de su mirada nerviosa y sus ojos inseguros, ni de las miradas divertidas de quienes las señalaban sin mucha discreción.

Al llegar al lavabo, una de aquellas chicas bloqueó la salida discretamente y, aprovechando que se encontraba distraída mientras se lavaba las manos, otra se le acercó por detrás. Sintió que la cogían del cuello y la dejaban sin respiración. Un fuerte puño impactó contra sus costillas, haciendo que el aire de sus pulmones saliera de golpe. De alguna manera acabó tumbada en una esquina del baño, con los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho, en un intento de protegerse de los golpes que cada vez eran más fuertes. Cuando estos pararon, sus ojos medio cerrados se encontraron con los de quién había sido su confidente, su hermana de otra sangre, su amiga. Cuando la miró a los ojos, vio que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para ser aceptada, comprendió que ya no quedaba nada de aquella persona, en la que tanto confiaba. No dejó de mirarla hasta que su visión empezó a ennegrecerse. Lo último que vio antes de perder la conciencia fueron unas manos temblorosas sujetando una caja de cerillas y unas pequeñas lágrimas de arrepentimiento en un rostro de ojos marrones y cabellos rubios como el trigo.